

## POR QUE ESCRIBO

Salvador Garmendia

**Y**o nací en un lugar donde nadie, antes, había pretendido escribir novelas. Un novelista era allí como un astrónomo o un explorador; un personaje de otro mundo a quien ninguno de mis paisanos había conocido en persona.

Hubo alguien, sin embargo, entre aquellos, que llegó a resumir en una sola pieza y en un mismo momento al novelista, al editor y al librero. El escribía las obras, las imprimía en un pequeño taller de su propiedad, designado, muy en el tono del Siglo XIX, Imprenta Alma Libre, y finalmente salía a venderlas de casa en casa.

Algunos de esos folletos anduvieron rondando por mi casa, siempre en manos de la gente mayor; pero yo sabía que no eran propiamente novelas. Varias veces hice el intento de entrar en alguna de ellas, y hasta conseguí escurrirme de costado por entre los renglones. Pero no llegué a encontrar por allí una sola puerta que me tentara con una rendija entre abierta. Sonaban más bien como discursos, y estaban compuestas por largos párrafos duros y rimbombantes, que sólo contenían lecciones de moral y una que otra invectiva contra los males de la sociedad. Parecían escritas cien años atrás, en medio de un ataque de pesimismo y mal humor, y el mundo que allí aparecía, entre sombras, era igualmente desgano y viejo.

Espiando por la rendijas de una celosía, yo veía pasar por la acera de casa a este robusto personaje, que por su vestimenta irregular y estropeada parecía que se hubiera quedado vestido hacía mucho tiempo posando para un retrato que seguramente no se hizo; y al mismo tiempo me veía en otro rincón de la casa, el rincón de los libros, contemplando un grabado, en medio del olor a cola rancia que despedían las hileras de encuadernaciones en un pequeño armario. De en medio de la página, al comienzo de un libro cuyo título era para mí incomprendible, *La Piel de Zapa*, avanzaba una gran cabeza irregular que debía ser como

el más soberbio de los planetas; una piedra orgullosa, pero llena de ardiente claridad, de donde habrían salido ojos, bigotes y grandes carrillos, que parecían capaces, ellos solos, de devorar la especie humana.

Debajo se leía, M. de Balzac.

Este, que ahora estaba viendo pasar por la rejilla, ¿sería nuestro pequeño señor Balzac, conservado como una copia ya muy estropeada, casi irreconocible; y yo estaría destinado a tomar su relevo y continuar recorriendo estas calles, del lado de la sombra, con mis folletos bajo el brazo?

Estamos en 1938. Yo tenía 12 años y soñaba vagamente con escribir novelas, algún día, como llamábamos al futuro en aquella provincia lejana, donde el tiempo carecía de contornos visibles y se prolongaba de la misma manera en todas direcciones.

Barquisimeto, la ciudad, capital del Estado Lara, debía tener entonces no más de 30.000 habitantes, alojados en unas pocas calles tiradas a cordel, sobre una altiplanicie perfectamente nivelada. Si ahora colocáramos una bola de plomo en un extremo de esa sabana de tierra arcillosa, allí permanecerá para siempre esa bola, muda y sin pestañear, como un monumento a la inercia.

El presidente del Estado, era un adusto General llamado Don Eustoquio, sobrino de Juan Vicente Gómez, el amo del país. Era un andino de oscuros antecedentes, cuyos lazos de sangre con la estirpe rural de los Gómez, le permitieron eternizarse en el cargo. Un golpe de palacio había llevado al poder a su tío Juan Vicente, y aunque él debió aceptar la silla casi a regañadientes, por tratarse de sustituir en el mando a su jefe y compadre don Cipriano, al final se encariñó tanto con el encargo que se quedó 27 años.

El mismo día del golpe, Eustoquio abandonó apresuradamente el calabozo del Castillo de Puerto Cabello, donde cumplía condena por asesinato, y desde ese momento se dedicó a servir de manera incondicional, y con mano a de hierro, a su tío, administrando, en nombre suyo, el estado más rico del occidente de Venezuela. Al parecer, nadie, que se sepa, lo vio reír alguna vez.

Por las tardes, poco antes de que Don Eustoquio saliera a pasear en su limousina por las calles de Barquisimeto, un "número," como llamábamos entonces al policía, era comisionado para recorrer el trayecto, y si se encontraba con algún vecino que estuviera parado en una esquina o asomado a una puerta, le ordenaba: ¡Métase para adentro, ciudadano, que va a pasar don Eustoquio!

Como pueden ver, el Siglo XIX seguía vivo en nuestra provincia. Era como si se hubiera quedado aislado en medio de aquellas sabanas inóspitas, sin darse cuenta de que en el resto del mundo ya sus cien años habían transcurrido; de modo que continuaba allí, cumpliendo humildemente su función; o tal vez lo sabía y estuviera esperando el relevo; muriéndose de viejo, como el Dictador que no le permitía dejar el puesto. Pero esto mismo sucedió, al mismo tiempo, en toda Venezuela. Gómez murió en 1936 y fue a partir de ese momento cuando el Siglo XX comenzó a tomar posesión, poco a poco, del territorio del país.

Las novelas que estaban a mi disposición en el armario de los libros también eran todas del otro siglo, y también, por supuesto, de mucho tiempo atrás; pero los pie de imprenta estaban todos fechados en algún año del 1800. Leer cualquiera de aquellos libros ricamente ilustrados, con esa tonalidad ferrosa del grabado que se nos ha quedado pegado a la memoria como polvo de orfín; *Los Miserables* de Victor Hugo, o *Los Misterios de París* de Sue, o la *Isla Misteriosa* de Verne. Por nombrar unos pocos, significaba trasladarse casi de cuerpo entero a una existencia que no tenía relación ni parentesco imaginables con lo que constituía la realidad visible; verdadera, al parecer, pero terriblemente fría, despoblada y monótona, como si fuera inventada diariamente para nosotros por el más estéril de los cerebros, e impuesta obligatoriamente a cada uno, para ser repetida como los renglones desabridos de una cartilla que todos sabemos de memoria.

La verdadera vida, en cambio, era la vida de los libros compuesta de pasajes que se sucedían vertiginosamente. Detrás de cada puerta que encontraba, asechaba un secreto; las calles se bifurcaban una y otra vez, y en el recodo oía que me chitaban de un lado y de otro, haciéndome volver la cabeza a todas partes. Las casas eran laberintos de donde no era fácil escapar, y en ellas no había un objeto que ocupara lugar porque sí; cada cosa tenía su timbre y su color distintos, como seguramente no había otros en el mundo. Al pasar, en medio de una página, escuchaba la respiración de una mesa y por un momento ambos nos seguíamos con la mirada. Los objetos eran seres vivos también y algunos de ellos hablaban a veces con más fuerza que ciertos personajes.

Esto lo grabé con fervor desde niño. Algunos objetos salidos un día de los libros se quedaron suspendidos en la memoria, y fueron los únicos sobrevivientes, después que decenas de páginas se habían borrado para siempre.

Así era como los ratos de lectura se poblaban de sobresaltos y terrores. Cada vez que una página caía de los dedos, la noche de lo desconocido volvía a cubrirlo todo alrededor, y el sueño soltaba sus hilos nuevamente.

Barquisimeto es hoy varias veces más grande y más poblado que el lugar que íntimamente conocí y rebusqué hasta su último rincón durante dieciocho años. Las calles acababan de golpe en plena sabana, entre cardones y cujés. Se desvanecían sobre la tierra amarillenta como se les hubiera agotado las fuerzas. Habían sido tiradas a cordel en una altiplanicie. No existía un sólo callejón, una calle ciega, un callejuela retorcida, como las que encontraba a cada paso en mis lecturas afiebradas de folletines de Montepin, Sue, Feval, Ponson du Terrail.

En mi imaginación los fantasmas de esas calles siguen siendo figuras de palo bañadas de cal, que mueven con dificultad sus articulaciones. La sabana, en cambio, ofrecía una aproximación a la aventura imaginaria. La tierra endurecida. Los cardones, con sus ademanes inmóviles, eran figuras calcinadas que asistían a una representación, cuyo lenguaje es el silencio. Las lomas, que aportaban sus únicos relieves al paisaje, eran elevaciones robustas, redondeadas, con sus contornos suavizados por una piel que parecía ser sensible al

aire. Al verlas, agrupadas en un pedazo de sabana; un tanto ensimismadas, como señoras que se han sentado a tejer y bordar en un salón, pronto, me parecía que empezaba a escuchar susurros, trozos de conversaciones en voz baja, voces que se agolpaban en un mismo lugar, e iban subiendo de volumen como si lucharan por hacer oír.

Pero Barquisimeto fue un sueño que duró 20 años. Desperté de golpe en una calle del centro de Caracas, cuando estaba a punto de ser atropellado por un Plymouth del 48. — Se salvó por un tris — dijo alguien que pasaba. Casi al momento, me di cuenta de que había olvidado todo lo anterior, y que ya no podía hacer otra cosa en favor mío, que mirar a todos lados para intentar averiguar dónde estaba.

Pienso que me es difícil nombrar por separado las cosas de la capital que más me impresionaron en aquél tiempo. Sólo puedo reconocer una totalidad, un aire único que seguía pasando sin detenerse ni volver atrás por esa parte de mí mismo que se mantuvo siempre en vilo; que hoy podría llamar con facilidad la literatura, pero que entonces era sólo un gran miedo.

Por la noche, acostado en un cuarto de pensión, cerca de la esquina del Guanábano, en medio de un silencio estomacal y frío, porque el hambre escupía en esos cuartos, la veía entrar sin hacer ruido, sin despertar a mi compañero de habitación. Así venía y tomaba asiento en una silleta de palo, delante de mi cama. Por lo que recuerdo de ella, puedo decir que carecía de una forma precisa, aunque era vagamente humana y vestía con cierta delicada pobreza.

Esas visitas silenciosas, al comunicarme alguna esperanza, me animaban a seguir adelante, aunque en realidad no iba a ninguna parte, que se diga.

Una noche, salía de un destefinado botiquín del centro de Caracas, tal vez el Bar Bruno o el Bar Ayacucho, donde hubo siempre una comparsa gesticulante y bromista de la que formé parte, y luego las calles comenzaban a extender su juego sobre un malicioso tablero, donde el azar era yo mismo; mi esfumada materia convertida en un escalofrío, en un roce o en un sobresalto que interrumpían el pulso.

Por último, cuando empezaba a sentirme aturdido por los ácidos de la cerveza que fermenta, iba a desaparecer en una de las casonas herméticas de Miracielos a Hospital, donde gestaba ya mi pequeña familia, al final de numerosos tabiques, pasadizos y compartimientos con olor de embalajes y madera aserrada.

Es extraño; pero cuando antes caminaba a solas por una calle de mi pueblo, donde no se percibía el más pequeño ruido ni había un alma a la vista, en un momento dado podía llegar a sentirme aturdido y hasta tenía que escapar en carrera, como si me viera acosado por una multitud que rugía en mi cabeza. Mientras, en alguna calle del centro de Caracas, moviéndome por entre cientos de personas que me adelantaban con prisa, en medio del ruido y de la confusión, sentía con desaliento y temor que me hallaba completamente solo, separado de

todo, andando en medio de un silencio muerto que salía de mi mismo.

Tenía veintidós años y era un provinciano desabrido y huraño; un muchacho del campo. Sabía que si respiraba muy fuerte, al final volvería a sentir dentro de mí la cercanía del monte, el olor de la tierra. Claro que en ese fondo pedregoso nada o casi nada ha cambiado para mí, hasta hoy; sólo que el haber aprendido modales me lleva a creer que tengo la pelea ganada.

Pienso, pues, que hubo un momento en que esa primera escritura sin forma, compuesta principalmente de roces y olfato, abandonada a la intemperie, fue pasando a la mano y quedó convertida, por fin, en lectura visible. Pero tuvieron que transcurrir veinte años de calles, ruido y superficies antes de que apareciera la primera letra.

Poco a poco, fui percibiendo en esas calles voces que se iba haciendo inteligibles. La mugre florecía por todas partes a mi paso, hasta que fui descubriendo que esas manchas y esos detritus tenían su acento propio. No era la marca laboriosa de la vejez o el abandono como en las viejas casas de provincia; sino la polución de cada día, el residuo de lo que va de paso, sobrantes desprendidos de las personas cuya existencia continúa bullendo en las basuras, con restos todavía palpitantes de ansiedad o angustia, terror y soledad. Intentaba descifrar las frases que veía escritas en esas manchas. Eran agresivas a veces, o podían estar llenas de humillación o de súplica. Creo haber aprendido mucho entre los desechos.

Viví algunos años en el barrio de Catia, donde comenzaba a crecer la vida marginal de Caracas. El barrio, era uno de esos sueños modestos de la clase media, que nacen mutilados y no llegan a grandes sin dañarse: en pocos años, esa clase incipiente, ya era proletaria. La escama de los ranchos fue cubriendo los cerros alrededor, y el lodo y la indignancia bajaron por las escalinatas. No imaginaba, en esos años inocentes, que una ciudad pudiera tener muchas cabezas, todas diferentes, y Catia era una de ellas, que pensaba y hablaba a su modo, de una manera inconfundible.

Todo era una musiquilla resbalosa, un pasar agachado, un contoneo... y el barrio tenía varias entradas y salidas, según por donde uno metiera primero la cabeza. Por el lado de la Laguna era el ala del diablo, fétida y olorosa; perfumada en los cuartos donde ella se desnudaba bajo una luz rosada, y hedionda a vómitos y horror en los callejones o bajo el aserrín de las mesas. Entrando por la Avenida España, estaban las tiendas y las casitas con jardines; el mercado, los talleres mecánicos, las carpinterías, las fábricas de ropa.

Pero eso no parecía un mundo de escritores, decía yo. A ese hombre que acaba de pasar, no podía imaginarlo dentro de un libro; no le veía por encima lenguaje ni sintaxis. Tiene un andar demasiado liviano, como si nada le pesara por dentro. Habla a gritos, ríe o canta mientras va sacudiendo los brazos desnudos por la calle. Por eso, me sentía perdido, con todos mis verbos encalambrados ahí dentro y mis ofuscadas ideas vueltas humo; y apenas me atrevía a decir palabra y pensaba que había despertado en otro mundo. Pero de

ésto, han pasado 30 años.

Dentro de la condición perecedera, fuertemente excitable que encierran las basuras, hay siempre un foco de aire respirable donde sobrevive por instantes la poesía, aunque sólo sea como un estertor, un forcejeo o una operación de autoflagelo. La palabra busca el aire libre, cuando está hastiada de sufrir la tiranía de las **personas mayores. El aire del común, tal vez contaminado y repulsivo, guarda el impulso acorralado de la libertad. Nunca eludí la palabra vulgar, si ella era la única musa capaz de susurrar historias en mi oído, mientras a mi alrededor reinaba un estado de ordinarietà esquizofrénica que se conoce como buenos modales.**

Llega un momento (ciertos accesos de idiotismo y babosería nacionales) en que la obsenidad temida, la irreverencia o la procacidad, llegan a ser la única fuente de poder que es capaz de restituir al lenguaje su vigor primitivo.

El miedo al humorismo, el pavor a lo cómico, son uno de esos terrores de beata que persiguen a la literatura venezolana y sudamericana hasta más allá de sí misma. Bryce, mi querido Alfredo, Alfredo Bryce Echenique se sienta a reír solo, solo como un ánima, encima de la cordillera de los Andes. La gran mayoría de nuestros intelectuales permanecen ante la hoja de papel con el ceño fruncido. (Escribir con el cuello duro, que decía Rodríguez Monegal).

Por supuesto que podemos encontrar antecedentes felices de la libre imaginación en uno y otro extremo del Continente; Macedonio Fernández o Felisberto Hernández, en el Sur, o Julio Garmendía, en Venezuela, o Juan José Arreola, en México y por supuesto Jorge Luis Borges que sonríe detrás del espejo. No todo ha de ser localismo, realismo mágico y prédica social.

Pero no se trata de una operación de calco, destinada a reproducir el carácter bromista, dicharachero y deslenguado que se atribuye (falsamente, creo yo) al hombre de la calle.

El humor es una virtud esquiva del lenguaje, que asoma sólo un ojo por una rendija. Más bien es un envite de la inteligencia, que en un instante puede dejarnos sin cartas en la mano. El mensaje corre por un hilo que va directamente a los sentidos y se extiende como un entramado invisible por debajo la piel. Puede ser que la razón escape por un brote de hilaridad; pero al mismo tiempo se vale de toda clase de escamoteos para disimular sus verdaderas intenciones.

**¿Qué quiso decir éste, después de todo? ¿Se burla de los otros o de mí?** Casi seguro que el autor se ríe de sí mismo, usando del lector como un instrumento mecánico, cuyas respuestas están todas previstas en un sencillo manual de instrucciones. En Borges la sonrisa aparece siempre del lado oscuro de la página, donde no podrá ser censurada, llegado el caso.

Pero el humor en Venezuela ha permanecido fuera de la literatura oficial; mientras el mal humor ha sido un tic generalizado entre muchos de nuestros escritores. Por ejemplo, casi toda la narrativa de Rufino Blanco Fombona es una

explosión incontrolada de mal humor, mezclado con soberbia y altanería. Su prosa, sin embargo, se distingue por su vigor naturalista y el conjunto de su obra, más vigorosa en lo testimonial que en la ficción, es el producto más notable que presenta la literatura venezolana de comienzos de siglo.

En uno de sus panfletos abrasivos escritos contra la dictadura de Juan Vicente Gómez, una novela corta publicada en Madrid en 1921 con el título de *La Máscara Heroica*, Fombona tritura, despedaza y arroja a la basura sin contemplaciones a numerosos caraqueños de entonces, citados casi con nombre y apellido. Sin duda que, como novelista, este venezolano enfurecido demostraba ser un tirano aun más desalmado que Juan Vicente.

El caso, es que hemos padecido, casi hasta el día de hoy, y a pesar de que las excepciones ya principian a desautorizar la regla, los productos de una literatura rigurosamente programada y supervigilada, donde los dogmas y preceptos del realismo socialista, aunque sea de manera encubierta o vergonzante, han mantenido oscuramente su vigencia. Mientras, la literatura del goce, los juegos de la imaginación y el humor, la libre exploración de la memoria, la iluminación de los sentidos, son dejados aparte como objetos frívolos o intrascendentes.

Cuando un narrador nuestro escapa hacia el humor, casi siempre lo hace como si saltara la pared de piedra de la novela o el cuento, y saliera a respirar de incógnito un poco de aire fresco. Por eso, se vale frecuentemente del seudónimo, para disimular la risa. (“Arte satánica, luego profundamente humana”, escribía Baudelaire). O achacársela a otro, por miedo o pundonor cristianos. Mientras tanto, hemos sacrificado demasiado esfuerzo en el cumplimiento de unos artículos de fé caducos; lo nacional, lo auténtico, lo nuestro, lo criollo, lo venezolano; cuando en realidad no hacíamos más que alimentar viejos preceptos de retórica.

La consigna de **escribir para el pueblo**, de tanto lavarla y ponerla a secar no tardó en desteñirse y enseñar lo que había detrás. En lugar del pueblo, apareció el partido; en vez del lector, estaba el funcionario. Una supuesta sencillez y claridad reclamadas al escritor a punta de manual, rodaron en la práctica por la banalidad y la simpleza.

La literatura no es un instrumento pedagógico; tampoco existe para impresionar y conmover al purgatorio; la manada de almas expiatorias que supuestamente forman **el pueblo, en su tránsito obligatorio al paraíso. Ahora sabemos que después del derrumbamiento aparatoso del socialismo real, el cual los latinoamericanos hemos presenciado desde fuera, como casi toda la gran historia de este siglo, la irrenunciable redención ya no parece estar en este mundo.**

**Pero ocurre que el útil y vulgar ciudadano común**, como lo decía Chesterton, a la hora de manifestar sus inclinaciones estéticas, no viene a resultar tan ingenuo o elemental como se cuenta. Lo encontraremos, en cambio, atiborrado de prejuicios, esquemas y dogmatismos rígidos y atrocamente

conservadores respecto del arte y la literatura. Veremos al hombre de la calle comportarse como un académico frente a cualquier manifestación estética contemporánea. El prefiere, al parecer, un expresión naturalista, conceptual, didáctica, perfectamente equiparable con la naturaleza. Sin embargo, cierta sugestión fantasmal que se desprende de un cuadro hiper realista, por ejemplo, puede ser motivo de recelo y temor instintivos para cualquier vecino de casa; el cual, estoy seguro, de que se sentirá más dueño de sí mismo, dentro del orden regular de las cosas, contemplando algo más simple y más barato: un cromó de almanaque.

En cambio, no hay duda de que existe un espacio perfectamente legítimo para una literatura estrictamente urbana, que surge vigorosamente en el manejo exterior de la lengua, como en el caso de Cabrera Infante o impregnada de envolvente sensualidad en Severo Sarduy; regocijante y marginal en *La Guaracha del Macho Camacho* de José Rafael Sánchez, o en las crónicas y relatos con la visión entreverada del mestizaje que escribe Edgardo Rodríguez Juliá, de Puerto Rico y las múltiples e inagotables invenciones paródicas de Luis Brito García.

Por otro lado, el coloquialismo de clase media infeccionada, aunque todavía pudoroso y nostálgico, encuentra el tono exacto en las ficciones de Cortázar y estalla con irreverencia profética en Manuel Puig. Y existe una literatura oral campesina, de creación instintiva que suele estar llena de misterios, sabiduría, humor, claves secretas e invenciones mágicas; pues, en realidad, toda obra de arte, aun la más oculta y primitiva, posee un grado íntimo de complejidad y misterio, que siempre está por descubrir.

Debo tener gran parte de la culpa; toda la culpa, digo yo; de esa atmósfera depresiva o deprimente que, como han repetido algunos críticos, rodea o envuelve el universo de mis novelas. Deprimente o no, (y yo amo demasiado esas sombras para pensar nada malo de ellas), la realidad que allí aparece fué inventada y soy el único responsable de las consecuencias que su conocimiento pudiera acarrear a terceros; aunque seguramente no va a ocasionar daño a nadie, porque la literatura jamás ha producido daño físico y ni siquiera moral a personas. Puede hacemos llorar en un momento dado; es posible que en otra ocasión corra a llenar esos pequeños vasos sanguíneos, que al inflamarse alteran y trastornan nuestros sentimientos, como advertía Donatien de Sade, pero no hay duda de que la irritación que nos transmite la lectura es pasajera en sus efectos, y sólo nos deja una nostalgia acariciante de la que, con frecuencia, no queremos desprendernos.

Yo fui a buscar una determinada realidad que creí enferma o agobiada, me apropié de la parte que me pareció más adecuada a mis propósitos, quité de ella lo que me estorbaba y rehice lo demás a mi gusto. En realidad, lo inventé todo. Muchas personas que habían pasado antes por aquellos lugares no vieron lo mismo que yo. Todos ellos estarían dispuestos a jurar que nada de lo que dije

estaba allí, y seguramente tendrán razón. Es necesario que el escritor asuma esa responsabilidad. La responsabilidad del falsario. Después de todo, no hay por qué asustarse. La literatura es casi completamente inofensiva; y muchas veces, los tonos más sombríos, el patetismo y la crueldad pueden ser motivo de predilección y goce estéticos.

Si en diferentes momentos de mi vida me hubiera preguntado, por qué escribo, la respuesta hubiera sido distinta cada vez y de una manera u otra estaría siempre cercana a la verdad. Pero, el caso es que me estoy acercando peligrosamente a una edad donde estas variantes ya no son enteramente posibles; no van quedando márgenes suficientes dónde trazarlas, y el camino vuelve a ser, como en la infancia, uno solo.

Por ejemplo, cuando tenía doce años escribía porque lo soñaba; y ahora mismo siento que esta respuesta vuelve a cobrar vigor, por lo menos como una aspiración o un desafío.

Pero hubo otros impulsos, como la pasión durante la adolescencia; el idealismo, más allá de los veinte; el desamparo o la desesperanza, durante la madurez, aunque ésta ya no es una etapa de la vida, sino el paso inevitable a la incertidumbre.

Quizás, lo que he pretendido siempre al escribir, es alterar la constitución de la materia y hacerla que parezca moldeable entre mis manos y sometida a mis caprichos. Se trata de un juego que se reanuda cada vez, aun sabiendo que la vida real (o ésto que habitualmente tomamos por tal cosa), una vez más, no se dejará sorprender del todo.

Sigo creyendo que la literatura, y todo el arte, tiene un contenido político, y es inevitable que así sea, puesto que el sólo hecho físico de respirar de determinado aire constituye, hoy por hoy, un acto intencionalmente político, que de inmediato nos condiciona e impone requisitos: el aire endulzado de la clase media está contaminado de culpas. Pero lo que no puede haber en propiedad es literatura de partidos o de ideologías.

La literatura de derechas, sin ser propiamente de partido, no es más que un memorial de caducidades, aberración moral y pobreza de alma. La llamada de izquierdas, que sí es de partido, o del partido, se debate hoy entre el servilismo de oscura tendencia burocrática, y su contrapartida, el autoritarismo policial, la ingenuidad santurróna, y, cada vez en mayor grado, el cinismo.

Un cuento es como una parada de dados. Nunca sabremos cual va a ser la suma de los puntos que quedará finalmente sobre la mesa; pero hay cierta medida de adivinación, propiciada por el azar, que comienza cuando acercamos el cubilete al oído y catamos la fuerza y le velocidad de la sacudida; mientras el chocar de los dados en el interior parece que sugiere una determinada "forma" que anticipa el orden de las combinaciones que se hacen y deshacen a cada instante en esa oscuridad. Una de ellas será la que finalmente resbale sobre el

tapete; y esta vez quizás, por fin, será la fórmula de oro esperada mil veces, aunque las desiluciones son demasiado frecuentes. Eso sí, el proceso es siempre halagador y tonificante.

Traducidos al cuento, el manejo del cubilete constituye el “nudo”, un juego de combinaciones fortuitas. Los dados en la mesa son el desenlace; uno de los muchos resultados posibles, y no siempre el que hubiéramos calculado.

Se ha dicho demasiado que todos somos autores de un solo libro o creadores de un personaje único. En último término ésta es una verdad inocente, especialmente para los autores más prolíficos. Corfn Tellado no ha escrito más que una sola novela, quizás la más leída del mundo: la de dos que se encuentran, afrontan unas cuantas dificultades y finalmente se casan. Es también la historia de Adán y Eva.

A los catorce años, leí por primera vez Robinson Crusoe, en una plicromada edición de Ramón Sopena, con sus páginas tiradas a dos columnas. Desde ese momento, supe que mi personaje novelesco ya había nacido y estaba en circulación desde hacía unos pocos siglos. Era un hombre solo. Un hombre y su memoria. Un Robinson. Una conciencia rodeada de sombras.

Este personaje, este mismo pájaro gris con una pedrada en el ala, ha estado revoloteando sin parar por todas las páginas que hasta hoy he escrito... Por ejemplo en este breve relato, con el cual termino.